

GORNELIO HISPANO

BOLIVAR



BOGOTA

JUAN GASIB, EDITOR

MCMXVII

CORNELIO HISPANO

BOLIVAR



N 1127

73 Pna 3

copias: M182 Pna 7

3

BOGOTA

JUAN CASIS, EDITOR

MCM XVII

Obras de Hispano

OBRA POETICA

- I. EL JARDÍN DE LAS HESPERIDES. *Poemas paganos*. Edición de Bogotá. 1910. (Agotada). En reimpresión en París. 1 vol.
- II. LEYENDA DE ORO. *Poemas cristianos*. Edición de Caracas. 1911. (Agotada). En reimpresión en París. 1 vol.
- III. ELEGÍAS CAUCANAS. *Poemas nuevos*. Edición de Ollendorff. París. 1912. 1 vol.

OBRA HISTORICA

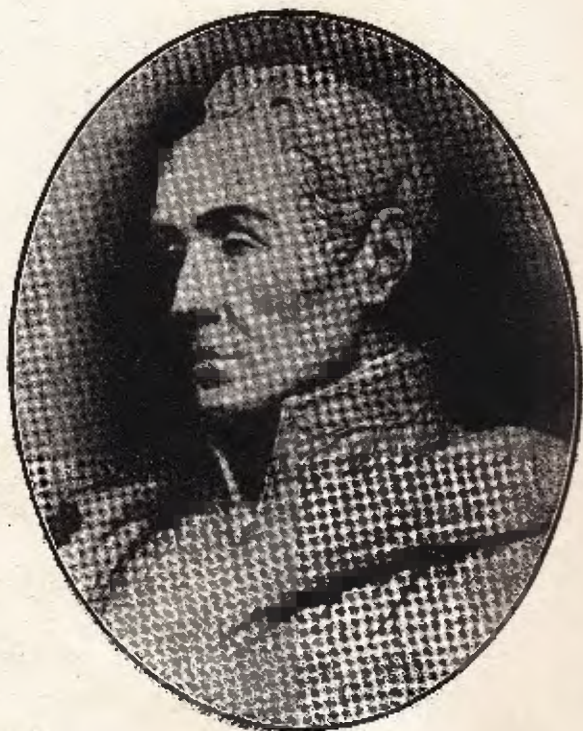
- I. DIARIO DE BUCARAMANGA, O VIDA ÍNTIMA DEL LIBERTADOR SIMÓN BOLIVAR. Publicado por primera vez, con una introducción y notas, por Cornelio Hispano. Edición de Ollendorff. París. 1912. 1 vol.
- II. COLOMBIA EN LA GUERRA DE INDEPENDENCIA. LA CUESTIÓN VENEZOLANA. Edición de Bogotá. 1914. 1 vol.
- III. DE PARÍS AL AMAZONAS. LA CUESTIÓN PERUANA. Edición de Ollendorff. París. 1914. 1 vol.
- IV. HISTORIA SECRETA DE BOLIVAR. (Con documentos inéditos). En prensa en París. 1 vol.

EN MANUSCRITOS:

EL LIBRO DE ORO DE BOLÍVAR. 3 vols.

*There was a charm
in the name of Bolívar.*

MEMOIRS OF GEN. MULLER



BOLIVAR



José Enrique Rodó



Cornelio Hispano



Julio Mancini



BOLIVAR

SALA SAMPER

VELADA DEL 16 DE AGOSTO DE 1917

Señoras, señores :

Refieren que, un día de entusiasmo, el filósofo alemán Federico Schleiermacher empezó una conferencia sobre la *Ética* con esta exclamación: «Consagremos un bucle de cabellos a los manes del ilustre e infortunado Spinoza.» Con veneración y entusiasmo semejante, quiero, antes de hablaros de Bolívar, consagrar unas ineptas pero sentidas palabras a los manes de dos jóvenes maestros que fueron sus últimos diligentísimos apologistas, y cuyo prematuro fin nos inspira el mismo sentimiento de piedad y admiración.

Yo no podría memorar las hazañas, ni deciros nada del carácter y pujanza, ideas y pasiones del hijo de Caracas, sin antes pedir la venia a las sagradas sombras de Julio Mancini y José Enrique Rodó, muertos ambos poco después de haber fijado para siempre, en el bronce perdurable de dos lenguas latinas, la semblanza del héroe; ambos muertos en plena robustez intelectual y amados de los dioses.

Clara, como aquella tarde primaveral de junio, recuerdo la última vez que estreché la mano de Mancini. Fue en uno de los anfiteatros de la Sorbona, donde nos hallábamos congregados un grupo de hispano americanos para oír

hablar a un historiador de Venezuela sobre *Napoleón y la independencia de las colonias españolas en 1810*. Días después, los grandes diarios de París anunciaban y elogian a porfía la obra hábil, imparcial y discreta, verídica y puntual en los hechos, que acababa de salir de las prensas de una librería académica del célebre *Muelle de los Grandes Agustinos*. El triunfo, vosotros lo sabéis, fue rápido y completo, acompañado de sorpresa hasta por parte de los más adictos al autor, porque es la verdad que en esta ocasión la obra fue muy superior aún al fervor del artífice, que, de una vez, se hombró con los más altos cultores de la historia moderna: Sorel, Seignobos, Houssaye, Roujon, Aulard.

Mancini, nacido en Bogotá, educado en París, había viajado por ambos mundos, vivido en archivos y bibliotecas europeos, visitado los de Bogotá y Caracas; su familia era oriunda de Italia, país donde, al decir de Taine, se da mejor *la planta hombre*, y llevaba en sus venas sangre de patricios, de los que fundaron la República en Colombia, y brava sangre corsa, acendrada en esos mismos riscos que nutrieron las raíces de Paoli y Bonaparte. Sólo con elementos tan excepcionales y preparación tan perfecta podía forjarse un historiador de tal vuelo y de tan poderosa envergadura. Su labor quedó inconclusa, como tantas otras del genio en todas las artes, y que tan hondamente nos conmueven. Por mis manos pasó el acervo de manuscritos de donde había de destacarse, como del bloque reacio, el coronamiento de la obra definitiva.

José Enrique Rodó, el ático artista, el crítico libérrimo, el ensayista insigne; maestro a la par de estética, de verdad y tolerancia; talento de genuina cultura europea, ileso de prejuicios ancestrales de raza, libre de espíritu y de corazón, Rodó desaparece también, en la dulce tierra de Teócrito, después de dejarnos, como el fruto más sazornado de su espléndida cosecha, ese elogio de Bolívar, escrito como en un momento sibilino, por cuyas cláusulas marchan paralelamente la elegancia de la más sencilla y castiza prosa con la honda difanidad del concepto histó-

rico y filosófico, de sentenciosa concisión, que tiene, a veces, el brillo acerado de Tácito en la *Vida de Julio Agrícola*; se nos va el maestro cuando, pocos días antes, peregrino por las orillas del mar Tirreno, bajo los pinos y olivos de Pisa, evocando la sombra legendaria de Byron, recordaba, en deliciosa página de episodios inmortales, que allí, en esos lugares de ensueño, fue donde pasó por la mente del magnífico Lord la idea de ir a buscar sosiego y libertad en Colombia; que allí, en ese golfo de Spezzia, de armoniosas marinas, con las montañas Apuanas por fondo, halló la muerte Shelley, el pagano por el pensamiento y por el arte, el íncito cantor de *Prometeo*, a cuyo cadáver tributó Byron, su hermano en rebelión y en genio, solemnes funerales antiguos, y, últimamente, que consumida la pira y terminada la austera ceremonia, el indomable autor de *Childe Harold* se lanzó al mar y llegó braceando hasta su yate que llevaba el nombre de *Bolívar*!

Mancini y Rodó vivirán en el tiempo al lado del héroe avileño cuya estatua contribuyeron a modelar para la eternidad, y vivirán también porque sintieron y supieron comunicarnos, a nosotros y a los que vengan después de nosotros, ese estremecimiento, esa emoción que pudiéramos llamar, a falta de palabra más expresiva, *la sensación de la historia*.

Ellos contemplaron a Bolívar desde la más propicia situación en que el hombre puede colocarse para juzgar el pasado: a la distancia de un siglo y a través de la pátina con que el tiempo dora y pule los grandes cuadros históricos; no distinguieron sus manchas ni advirtieron sus tildes; lo miraron con ojos pacificados y risueños y lo hallaron cubierto de ese puro azul con que, desde el mar, se divisan las montañas. El nombre de Bolívar resonaba en sus oídos como una fórmula mágica y perentoriamente irresistible, con vibraciones de trompetas que tocan fanfarrias triunfales; veíanlo sobre el blanco corcel de Boyacá y Junín, con un gesto fatal, entre riza y estrago, decidir la victoria, como perdidos en sueños, los navegantes del mar Egeo, al pasar ante el campo de *Maratón*, donde yacen

los atenienses muertos por la patria, divisan, todas las noches, humeantes fogatas, reflejos de espadas esgrimidas por fantasmas guerreros, y, en el silencio nocturno, oyen són de clarines, relinchos de caballos y algazara de combatientes!...

Tres virtudes fundamentales puede decirse que integran el genio de Bolívar, destacándose en alto relieve sobre su grande espíritu: el desinterés, la constancia y la seducción personal, y, como norte y estímulos: el amor de la gloria, el amor de la libertad, el amor de la mujer. Ellas explican su portentosa vida, su puesto en los fastos de la humanidad, sus éxitos, su renombre. El estudio de cada una de esas peculiaridades daría tema para otros paliques. Yo voy a hablaros brevemente de ellas, observando que, quizá, la última fue la primera entre todas sus virtudes o fuerzas.

El hechizo de su persona en vida fue el milagroso imán con que atrajo a sí a los pueblos, y con el que arrastró ejércitos de diez nacionalidades a las batallas, a la muerte, a la victoria. Y ese hechizo lo debió a su palabra enlabiadora y a sus ojos irresistibles, porque todos los oficiales extranjeros que lo acompañaron, todos sus cronistas, edecanes, ministros, están acordes en ponderarnos el fulgor cuasi divino que irradiaban sus ojos, grandes y negros, bajo cejas correctas y ampliamente delineadas como arcos triunfales. «El fuego de sus ojos es extraordinario,» dice el viajero inglés Roberto Proctor, quien lo conoció en el Perú; «Sus ojos brillan como dos diamantes,» escribe el poeta francés Martín Maillefer que lo conoció en Caracas, y Le Moyne, Ministro de Francia en Bogotá en 1829, dice: «Sus grandes ojos negros y vivos anunciaban un alma de fuego,» y el naturalista Roulin que delineó su perfil: «Sus ojos brillaban con un fulgor eléctrico,» y el historiador Lallement: «Un fuego vivísimo brota de sus pupilas,» y su enemigo el doctor Argani: «Este hombre de una fisonomía atrevida y ojos agatados y relumbro-

nes,» y Páez, el llanero: «Sus ojos eran negros, vivos, penetrantes e inquietos, con mirar de águila.»

Así, luminosos, eran los ojos de Napoleón, cuya sola mirada, al decir de Stendhal, le había conquistado el ejército; así, resplandecientes, fueron también los ojos de Goethe, de quien nos dice Eckermann que irradiaban alegría, fuerza, juventud, y que, mientras se escapaban las palabras de sus labios, sus ojos brillaban con un fuego extraño. *Se leía en ellos la expresión del triunfo.*

Otros signos característicos del Libertador eran la agudeza de su voz, que se asemejaba a un chillido, y que se afinaba tanto más cuanto más exaltada se encontraba, al hablar, su poderosa imaginación; la blancura, uniformidad y belleza de sus dientes; la extrema pequeñez de sus manos y de sus pies, y aquellas aposturas que tomaba con frecuencia en los momentos solemnes, en los cuales, «con los brazos cruzados, o asido el cuello de la casaca con la mano izquierda y el índice de la derecha sobre el labio superior, asumía actitudes esculturales.» Unid a esa actitud aquella estatura mediana y férrea, aquella tez morena por el sol, ese perfil enteramente griego, esa cabeza dolicocefala, deprimida en las sienas y prominente en la parte posterior, aquella frente enorme y surcada de precoces arrugas, esos pómulos salientes, esos cabellos negros, largos y crespos flotando en guedejas sobre las sienas, y, en suma, esos ojos maravillosos y hurafios, y tendréis una imagen exacta de Bolívar.

De humor alegre y jovial; de carácter apacible y dulce, puesto que no hay verdadera dulzura sino en el hombre fuerte, ni ternuras más tiernas, ni suavidades más suaves que las de los recién modelados; irreligioso y escéptico; conocía los clásicos griegos y latinos; le impresionaban los ataques de la prensa; gustaba del baile, de los festines, del lujo, de las armas blancas, de los caballos, del campo, de la poesía, de la elocuencia, de la amistad, de la conversación; infatigable en las marchas, dormía a veces envuelto en su capa, en el suelo y al aire libre; impetuoso en el combate, guerrero ante todo y sobre todo, lo atedla-

ban los pormenores de la administración y del bufete, y, honradamente, solía decir: «*Un país que está pendiente de la vida de un hombre, corre tanto riesgo como si lo jugaran todos los días a la suerte de los dados... Un hombre como yo es un ciudadano peligroso en un gobierno popular, es una amenaza inmediata a la soberanía nacional... La guerra es mi elemento; los peligros mi gloria... Yo soy el hombre de las dificultades...*» Como si desde su juventud, consciente de su misión, hubiera presentido que no hay ejemplo de hombre de gabinete que haya podido organizar un Estado en revolución y someter a soldados y generales; que sólo con la espada en la mano y a la cabeza de un ejército se puede dominar hasta los elementos, fundar instituciones y mandar con la seguridad de ser en el acto obedecido.

Al verlo, a su regreso del Perú, en el recinto del Senado, bajo el solio de la República, cargado de laureles y ceñida la formidable espada, nadie habría osado dirigirle la palabra, pero cualquiera hubiera mirado furtivamente, como Heine al visitar a Goethe, si a su lado estaba el águila de Júpiter fulminando el rayo!

La seducción de su nombre y de sus hazafías, después de la muerte, acuerda y embelesa hoy las mentes y los corazones de todos los que en el mundo aman la libertad, el heroísmo, la hidalguía, la abnegación, la gracia, resumen y expresión de todas las excelencias humanas. *There was a charm in the name of Bolívar*, había cierto encanto en el nombre de Bolívar, nos dice en sus *Memorias* el General inglés Guillermo Miller, héroe de Junín, y, en verdad, fue ese insito encanto el que lo hizo ídolo de América durante veinte años en que su caballo no se dio tregua ni reposo, y es el sortilegio de ese nombre el que nos reúne siempre que alguien, por pequeño que sea, como en esta ocasión, quiere hablar de Bolívar, de su coraje, de su constancia, de sus cartas, de sus proclamas, de su tristeza, de su gloria y memoria encantadora!

Como Stendhal de Napoleón, yo puedo decir también que el amor por Bolívar es una de las pocas pasiones que me quedan: amo su desprendimiento que le hizo emancipar, en los albores de la revolución, mil esclavos, aventajando a Washington que retardó la libertad de los suyos, y mantúvolos, contra su conciencia, en un estado que él mismo consideraba ilegítimo; amo su desinterés que lo impulsó a rechazar dos veces un millón de pesos que le decretó el Perú en pago de sus servicios; amo su generosidad que lo inducía a repartir sus sueldos entre las viudas de sus compañeros de armas; sus quintas, sus coronas de oro, las medallas abiertas en su honor, sus caballos, sus espadas, sus alhajas, sus vajillas de plata, su ropa misma entre sus camaradas y amigos; liberalidad sin ejemplo que al saber que el patricio D. Fernando de Peñalver, potentado antes de la guerra, se encuentra en la miseria, le toma la mano para escribir a su mayordomo: «Entregaré usted al señor Peñalver todo mi equipaje, y recibirá usted todo lo que devuelva; particularmente debe usted entregarle toda la plata labrada y cuantas alhajas tenga usted más,» y a Revenga: «Quisiera tener una fortuna material que dar a cada colombiano, pero no tengo nada. No tengo más que corazón para amarlos y una espada para defenderlos»; munificencia que le hizo considerar como una obligación pensionar de su peculio a extranjeros amigos de la independencia de América, como el abate de Pradt.

Su delicadeza en todo lo que de alguna manera pudiera afectar su palabra o su crédito llegaba hasta el extremo de sacrificar en silencio sus propios bienes para ocultar faltas ajenas. En prueba de ello véase con qué corrección arregla un asunto en que estaba de por medio su firma, si bien no era él responsable en absoluto: «En esta misma fecha, dice a Fernández Madrid, de Bogotá, en 1827, he girado contra los fondos de mis minas (las de Aroa, heredadas de sus antepasados) vendidas, una libranza de veintidos mil cuatrocientos catorce pesos, siete reales, a favor del señor Powles. Yo me veo en la dura necesidad de sacrificar esta suma tan sólo por cubrir el honor de mi firma, en pago de

una letra que giré a favor de Lancáster, de veinte mil pesos y sus intereses, que hacen un total de veintidos mil cuatrocientos pesos.» La libranza, suscrita en la misma fecha, dice: «Con esta fecha he librado sobre usted por la suma de veintidos mil cuatrocientos catorce pesos, siete reales, y a favor del señor Juan Deston Powles, que era tenedor de una letra de veinte mil pesos que en 19 de abril del año 25 giré a favor del señor José Lancáster para promover la educación primaria en Caracas. *Debió ser pagada esta letra del millón de pesos que el Congreso del Perú puso a mi disposición, y del cual nada se ha entregado todavía.*»

Todas las cartas del Libertador, ya sean políticas, amorosas, familiares o de negocios, merecen el dictado de admirables, más la que vamos a leer ahora lo es hasta lo sublime como reflejo de su patriotismo y desprendimiento. Escribiéndola se sentía «eminentemente alegre» porque los negocios públicos marchaban bien, y, aunque los suyos particulares se complicaban y se torcían, mandaba darles de mano, mirándolos con el mayor desdén. ¿En cuántos archivos de hombres públicos se podrán encontrar cartas como esta? Habla el Libertador de la pérdida de las letras que había girado por el valor de las minas vendidas, y dice a su apoderado en Londres, desde Buljo, frente a Guayaquil, un año antes de su muerte: «Haga usted del dinero lo que tenga por conveniente, en la inteligencia de que todo lo que usted haga será de mi aprobación, y si usted se encontrare en nuevos embarazos, demos de mano a todo y no tratemos más de minas, ni de ventas. Terminemos de una vez este miserable negocio. Haga usted, pues, lo que quiera, o desentiéndase de todo, que es lo que debe hacer para no tener que tratar con esos mercaderes. ¡Malditas sean las minas y las libranzas, y los que gastan sin tener con qué!»

En marzo de 1830, la ingratitude y la miseria que se acercan pavorosamente, le obligan a volver a tomar la pluma para escribir a su amigo y apoderado: «Mi situación se está haciendo cada día más crítica, sin tener esperanza siquiera de vivir fuera de mi país de otro modo que

de mendigo, pues no vendiéndose las minas puedo sufrir alguna confiscación de parte del Gobierno de Venezuela, porque tal es el encono que hay contra mí de parte de aquellos jefes.» No se equivocaba el héroe en sus presentimientos. Pocos días después de escrita esa carta el Congreso de Venezuela, reunido en Valencia, lo declaraba enemigo público y lo proscribía del territorio venezolano.

Queda aún otro testimonio precioso e inefable de su desprendimiento absoluto de las cosas terrenas y de la confianza que su hombría de bien tenía en la nobleza de sus amigos, y es esa carta dirigida desde Popayán, en 1829, al doctor Alamo, que estaba agenciándole en Caracas la venta de sus minas: «No haga usted más. Yo moriré como nací: desnudo. Usted tiene dinero y me dará de comer cuando no tenga.»

Finalmente, y esta confesión vale por todas las innumerables que pudieran aducirse, en la *Acusación* dirigida al Soberano Congreso de Tunja por «unos verdaderos republicanos (venezolanos) contra el General Bolívar,» datada en la isla de Margarita, en diciembre de 1814, se lee: «8.º Nada puede imputarse a D. Simón Bolívar de venalidad o mala inversión en los intereses del Estado.»

D. Eduardo Blanco, el ilustre autor de *Venezuela heroica*, refería alguna vez, en el palacio de *Miraflores* de Caracas, que siendo él Edecán de Páez en *La Viñeta*, una carcajada estrepitosa de llanero agitaba una mañana el ancho pecho del *León de Apure*. Era que Páez reía de la candorosa insinuación de unos gacetilleros que calificaban a Bolívar de *cobarde*. «Cobarde?... exclamaba Páez, Cobarde?... Cuando su defecto era hacernos pelear demasiado, cuando se necesitaba ser un héroe para dejarlo satisfecho.»

Sabemos por la tradición oral de los que lo conocieron y lo acompañaron a la guerra, agrega otro historiador, que su mal humor se hacía insoportable, hasta la grosería, cuando no había a la mano enemigos que combatir, y que,

por el contrario, tornábase expansivo, alegre, cariñoso, cuando respiraba diariamente el humo del combate. Y él mismo decía: «La persecución me irrita y me alienta a los mayores esfuerzos.»

En la batalla de *La Puerta* para afirmar su autoridad y hacer ver a Páez y a sus bravos llaneros que no conocía el miedo, se arrojaba sobre las tropas de Morillo como un loco. Un oficial británico refiere que, cuando la acción se generalizó, Bolívar se dejaba ver en todos los puntos del combate: «Llevaba, dice, un gorro de cuero de tigre. En una ocasión atravesó con su lanza al abanderado de un batallón suyo que se retiraba. Luégo cogió el pabellón y lo arrojó en medio de las filas enemigas hacia las cuales corrió, gritando a sus soldados que le siguieran a recuperarlo. . . El Teniente Coronel Rooke, agrega el oficial británico, que siempre estuvo al lado de Bolívar durante la batalla, y que fue herido dos veces, me dijo después que él creía que Bolívar había perdido el juicio, o que buscaba la muerte, tanto era el poco cuidado que hacía de su persona.»

Aquel arrojito temerario de Bolívar fue una revelación para el ejército patriota. Ya no lo mirarian sólo como hombre de pluma sino también como hombre de guerra. Aquella lanza, chorreando sangre, decía a los llaneros que ese jefe era digno de ellos.

Lo mismo que su propia vida, estuvo siempre dispuesto a jugar la vida de su patria. «El pueblo de Venezuela, decía, está resuelto a sepultarse todo entero en medio de sus ruinas, si España, Europa y el mundo se empeñan en encorvarle bajo el yugo español.» Era el sangriento reto a las Potencias reunidas en el Congreso de Aquisgrán. «Españoles y canarios, contad con la muerte, aun siendo indiferentes, si no obráis en obsequio de la libertad. Americanos, contad con la vida aun cuando seáis culpables.» Era la guerra a muerte proclamada en Trujillo, en 1813. El Libertador confirmaba así aquellas palabras de Maquiavelo, uno de sus autores predilectos: «De todos los príncipes, el príncipe nuevo le es imposible librarse del dictado de cruel.»

En ocasiones, ni aun el regocijo del triunfo aplaca a la Venganza antigua a quien rinde culto en sus altares. Al día siguiente de la estupenda jornada de *Boyacá*, en que dos mil republicanos desbarataron a tres mil realistas veteranos, quedando en poder de los primeros todo el ejército español con su jefe Barreiro, y libre para siempre la Nueva Granada, Bolívar, al reconocer entre los prisioneros a Vinoni, el traidor, responsable de la sublevación y entrega del Castillo de Puerto Cabello a los españoles, lo hace salir de las filas y es ahorcado en el acto.

Empero, más viril que su impetuosidad fue su perseverancia. Como todos los hombres a quienes dio el cielo el poder de concebir lo grande y la voluntad de ejecutarlo, halló dificultades en el tiempo y en los hombres, pero él era uno de esos espíritus que, al decir de Saint-Simón, tienen *una constancia rabiosa*, y sabía que ninguna cosa grande se puede llevar a efecto, salvo con pena, y todo aquello que se alcanza trabajosamente, se posee y cuenta con mayor dulzura. Tres veces aniquilado con su patria por los más espantosos reveses, arrojado pobre y desamparado a playas extranjeras, perseguido de isla en isla por el puñal español, recompensados tantos sacrificios con la calumnia, el vituperio y hasta el infame ultraje de sus propios tenientes, tres veces tornó a la brecha y triunfó de sus enemigos.

Cuentan las tradiciones, esas que aún no ha recogido la historia, que uno de los autores de la defección de Carúpano, en 1814, llegó hasta levantar su sable sobre la cabeza del héroe. Refieren que un populacho soez se reunió en Carúpano para oprobial a Bolívar, y que aquel 3 de septiembre en que pisó la playa oriental, fue un día en que se ocultó avergonzado el sol de la justicia.

Nunca se le oyó quejarse de fatiga, dice O'Leary, ni aún después de arduos trabajos y de largas marchas en que no pocas veces se ocupaba en ayudar a cargar las mulas y en descargar las canoas y en otras faenas, si impropias del alto rango de primer magistrado, dignas de alabanza en el patriota ferviente consagrado al servicio de

una causa santa. Tratándose de la salud común no había para Bolívar oficio humilde.

«Nada es comparable a la incansable actividad de aquel caudillo, decía D. Pablo Morillo en oficio al Rey de España; su arrojo y su talento son sus títulos para mantenerse a la cabeza de la revolución y de la guerra; pero es cierto que tiene de su noble estirpe española, y de su educación también española, rasgos y cualidades que le hacen muy superior a cuanto le rodea. *Bolívar es la revolución.*» Y más adelante repite el Pacificador a su rey: «Bolívar derrotado es más temible que vencedor.»

«Usted es el hombre de la guerra, y yo soy el hombre de las dificultades,» le dijo a Sucre cuando Rivagliero levantó en el Perú el estandarte de la guerra civil. El clásico Baralt expresó con una frase feliz esta incomparable virtud del héroe: «Era hombre hecho como el fuego del cielo para brillar en medio de las tempestades; cuanto más desgraciado, más grande.» De ahí su prestigio incomparable entre sus oficiales, de que nos dan una hermosa prueba aquellas palabras del Almirante Padilla a su ejército, en *Atagracia*, en frente de la escuadra de Laborde, en julio de 1824: «Triunfaremos mañana, porque mañana es el natalicio del Libertador.»

Irreductible en su tenacidad sublime, no perdonó nada que pudiera estorbar sus designios. En 1812, a no impedirlo sus amigos, fusiló a Miranda, el patriarca de la revolución, cuya augusta ancianidad bastaba para intimidar e infundir sagrado respeto. En 1817 mira sereno la ejecución de aquel terrible Manuel Piar, vencedor en *San Félix*, y el que abrió a los patriotas el camino de la Guayana. En 1826 resiste a los ruegos de todas las clases sociales del Perú, y el aristócrata y traidor Ministro Juan de Berindoaga es pasado por las armas en la plaza principal de Lima. En 1828 manda a la horca al Almirante Padilla, soldado de Trafalgar, y héroe de la más épica jornada naval de la guerra, al propio tiempo que, impávido, ve salir a Santander para las *Bóvedas de Bocachica*.

Bolívar se consolaba de sus desastres y de las violen-

tas medidas que se veía obligado a tomar, en bien de la patria, con palabras que parecen impregnadas de mística unción: «Cuando yo lo perdiera todo sobre la tierra, me quedaría la gloria de haber llenado mi deber hasta la última extremidad, y esta gloria será eternamente mi bien y mi dicha.»

Cabe aquí una cuestión propuesta siempre por espíritus rezagantes, cuando se trata de estos grandes reformadores y fundadores que de tiempo en tiempo aparecen entre los hombres, como tempestades que descuajan, socaban, arruinan, pero fecundan y vigorizan y crean, descubriéndonos, cuando ha pasado el estrépito, otros horizontes, extrañas orientaciones y nuevas auroras.

Fue Bolívar bueno? Desde luego hay que observar que las reglas normales, los criterios ordinarios aplicables a la mayoría de los hombres, están aquí fuera de lugar; sus dimensiones y alcances son insuficientes, ineptos, precarios. Bolívar no era bueno como lo es, por ejemplo, nuestro venerado padre Almansa, pero fue un virtuoso Jefe de Estado, como lo fue Marco Aurelio. Con las santas virtudes del padre Almansa no se hacen revoluciones, ni se ganan batallas, ni se fundan repúblicas, ni se conquista la gloria terrenal. Demás de que Bolívar no fue formado ni educado para la temperancia y la moderación. Creció sin padres, sin disciplina, a sus anchas, en medio de los placeres y del desorden, luégo en los campamentos, combatiendo las supersticiones y el fanatismo de los pueblos y las legiones del rey de España; fue amo y señor de sus actos, dueño de vidas y haciendas, árbitro de los destinos de medio continente. Un hombre encargado de cumplir la misión a que él dio cima no podía tener más religión que sus ideales políticos y guerreros, ni más dios que el éxito. En tal sentido fue pagano, porque, en verdad, apenas hay algo más opuesto a los dogmas y doctrinas cristianas, estrictamente interpretados, que la vida, los actos, las ideas, los sentimientos de un Napoleón o un Bolívar. *Amarás a tus semejantes*, dice el decálogo, y Bolívar declaró y

ejecutó la guerra a muerte; *no matarás*, y ordenó fueran pasados por las armas ochocientos españoles sin fórmula de juicio, y sin excepción de ancianos, enfermos y niños; *no desearás la mujer de tu prójimo*, y vosotros todos sabéis que Bolívar no fue precisamente un lirio de castidad . . .

En suma, Bolívar como Napoleón, como Cicerón, como Voltaire, como Goethe, como tantos otros grandes hombres, sin hacer mucho ni poco caso de las religiones, pensaba que no son malas para el pueblo y de mil amores hubiera suscrito estas palabras de Schopenhauer: «Las religiones son necesarias al pueblo, para el cual son de un inestimable beneficio. Mas, cuando quieren oponerse al progreso de la humanidad en el conocimiento de la verdad, es necesario apartarlas con todos los respetos posibles. Empero, pedir que un grande espíritu, un Goethe, un Shakespeare, acepte con convicción *implicitet bona fide et sensu proprio*, los dogmas de una religión cualquiera, es tanto como pedir que un gigante se calce los zapatos de un enano.»

Bolívar comprendía que la religión es una fuerza en política, dada la ignorancia de las multitudes y las preocupaciones tradicionales de los pueblos, y, por eso, como jefe de Estado, la acató y la hizo respetar, y, de igual manera, tuvo miramientos hacia la moral, la virtud, la amistad, la familia, las aconsejó, las exaltó, mas nunca practicó algunas y no siempre otras. Bolívar pudo, pues, decir como Bonaparte que si hubiera sido religioso, tradicionalista, *alcalde de San Mateo*, hombre de hogar, no habría podido hacer lo que hizo. La moral a que estos hombres obedecen nos es indiscernible, sus leyes nos son desconocidas. Amaron más la estética que la moral, porque la moral sola hace sólo un hombre honrado sin poesía, y la estética hace al artista, y, en máximo grado, al *Varón estético*. Ellos no fueron buenos ni malos, fueron más que eso, fueron seres extraordinarios, genios, profetas, dioses, llámeselos como se quiera, vinieron a nosotros como misteriosos mensajeros con nuevas de lo infinito, de lo ignoto, de lo arcano.

Las cartas de Bolívar son reflejo perfecto de un espíritu, ya íntimas y tiernas al dirigirse a sus amigos o evocar los tiempos de su niñez y juventud, ya desoladas al señalar las desgracias de la patria y las cerrazones del porvenir, ora llameantes cuando adulan a las mujeres queridas o cuando expresan el cariño y la amistad. Después de las veleidades de los tiempos, tras la ingratitude y el olvido, todavía sobrevivirá su epistolario, porque allí, como en el de San Jerónimo, en páginas sobrias y cálidas, en frases fragantes de juventud y florecidas de ensueño, palpita sonoramente su gran corazón; *cor cordium*. No hubo en verdad, corazón más blando ni más lleno de amor y de candor, como suelen ser los corazones de los hombres fuertes y grandes.

«Yo veo en usted, le digo a don Fernando de Peñalver, desde el Cuzco, en 1825, como al representante de nuestra venerable vejez; como al amigo y compañero de nuestros progenitores; me parece oír la voz de un anciano que conoce lo pasado y prevé el futuro, que dice la verdad sin temor de su amargura, sin deseo de lisonjear y sin miedo de desagradar.» A la señora Manuela Garaicoa, de Lima: «Yo envío a Bertita un ejemplar de mi proyecto de Constitución para Bolivia, y otro de mi discurso a los legisladores de ese Estado naciente, para que, leyendo ambas cosas con su acostumbrada atención, tenga yo el gusto, a mi llegada a esa, de oír de su bella boca la reproducción de mis ideas. A mi gloriosa Carmencita mil recuerdos tan agradables como ella.» Sus cartas tienen en veces hasta un tono sáfico, como aquellas dirigidas al abate de Pradt, y que más que a un abate parecen escritas a la mismísima *Manuelita*: «Es una fiesta para mi corazón la recepción de una carta de V. S. I. . . . Devoro con una impaciencia mortal los instantes que me retardan los sublimes caracteres de su mano, y, cuando los leo, mi pecho palpita de gozo. Me parece que espero una sentencia benigna del oráculo.» En otra le dice: «Más dichoso que Alejandro, yo tengo

un filósofo sublime por historiador, en lugar de aquel mentiroso poeta de Quinto Curcio.» A su amigo Mosquera, en 1824: «Feliz usted que bajo el techo paterno, al lado de su esposa adorable, a la vista del padre más digno de tener hijos como usted, vive cantando los versos de Horacio, en medio de la inocencia y del campo. . . Yo cambiaría con usted mis dichas por tener un corazón tan sereno, un campo tan tranquilo y una mujer tan buena.» Y al mismo Mosquera, cuando la muerte de su padre: «Lloremos juntos la pérdida del mejor hombre del mundo; ha faltado a usted un padre, a mí un amigo, y a la humanidad un sostén. Los que hemos quedado sentados sobre este miserable globo de tormentos, somos los más desgraciados; él subió a la mansión de los buenos, donde tendrá puesto preferente entre los que fueron los mortales más virtuosos. No debía morir su padre de usted si la bondad fuera la esencia de la vida. . . En verdad, la destrucción es un mal horrible.»

Su apego al solar de sus antepasados se acrecentaba con el tiempo y la distancia, porque Bolívar estuvo rodeado en su infancia y juventud de los más hermosos paisajes poéticos. Los ubérrimos y encantados *valles del Tuy y de Aragua*, con sus tranquilos caçaoetales y cafetales sombreados por cedros, bucares y anaucos; las serenas cumbres del *Avila* y sus riscosas serranías desde donde se ve a los pies extenderse la inmensidad azul del océano; el *Guaira* rústico y transparente, de orillas deleitables y graciosas arboledas, que baña las huertas y los jardines de *Santiago de León de Caracas*; las vastas y radiantes llanuras, cubiertas de *matas* o oasis de frescura, bajo un sol inclemente, cuyos confines están en las márgenes del Orinoco y del Apure, con sus labranzas y sus chagras y sus tradiciones heroicas y bárbaras, sus costumbres vernáculas, sus cantares melancólicos, gran copia de variados y sabrosos frutos en vegas y campiñas, país, en suma, de frescos y pingües terrenos, con aires suaves, el cielo claro y apacible y de dulcísimo temple. Hé ahí las imágenes que, al abrirse, reflejaron las pupilas de Bolívar, quien, por lo demás, recibió educación literaria en España, perfeccionada en sus viajes por Francia é Italia.

Así, en el tiempo de la prosperidad y en la cumbre de toda buena fortuna, escribe desde Popayán al General Santa Cruz: «Primero el suelo nativo que nada: él ha formado con sus elementos nuestro sér; nuestra vida no es otra cosa que la esencia de nuestro pobre país; allí se encuentran los testigos de nuestro nacimiento, los creadores de nuestra existencia y los que nos han dado alma por la educación; los sepulcros de nuestros padres yacen allí y nos reclaman seguridad y reposo; todo nos recuerda un deber; todo nos excita sentimientos tiernos y memorias deliciosas; allí fue el teatro de nuestra inocencia, de nuestras primeras sensaciones y de cuanto nos ha formado.» Y en los mismos días de gloria, le dice, desde Lima a su amigo Peralver: «Yo pasaré la mayor parte del tiempo en los *Valles de Aragua*, en aquel teatro de nuestros primeros triunfos, y dividiendo mi tiempo entre la filosofía y la amistad; yo buscaré un poco de descanso, que tanto necesito, en medio de todos mis parientes y buenos amigos.»

Sabe después, en los confines peruanos, que ha regresado a la patria su tío y padrino D. Esteban Palacios, y le dirige esta epístola que es un cuadro acabado de los desastres de la guerra, de los escombros que fue menester amontonar para conquistar la libertad, un canto meseniano al cual sólo falta la rima para ser un estupendo poema de desolación, que trae a la memoria el acento de aquella deliciosa carta de San Jerónimo a su hermano Heliodoro: *Quanto amore et studis contenderim...*

«Con cuánto gozo ha resucitado usted ayer para mí Ayer sope que vivía usted y que vivía en nuestra querida patria! Cuántos recuerdos se han aglomerado en un instante en mi mente. Mi madre, mi buena madre, tan parecida a usted, resucitó de la tumba y se ofreció a mi imaginación; mi más tierna nifez, y la confirmación, y mi padrino, se reunieron en un punto para decirme que usted era mi segundo padre. Todos mis tíos, todos mis hermanos y mi abuelo, mis juegos infantiles, los regalos que usted me daba cuando era inocente, todo vino en tropel a excitar mis primeras emociones. Todo lo que tengo de humano se removió ayer en

mi. Usted ha vuelto de entre los muertos a ver los estragos del tiempo inexorable, de la cruel guerra de los hombres feroces. Usted se encontrará en Caracas como un duende que viene de la otra vida y observará que nada es de lo que fue.

«Usted dejó una dilatada y hermosa familia; ella ha sido segada por una hoz sangulnaria. Usted dejó una patria nascente que desarrolló los primeros gérmenes de la creación y los primeros elementos de la sociedad, y usted lo encuentra todo en escombros, todo en memorias.

«Los vivientes han desaparecido; las obras de los hombres, las cosas de Dios, hasta los campos han sentido el estrago formidable del estremecimiento de la naturaleza.

«Usted se preguntará a sí mismo, ¿dónde están mis padres, dónde mis hermanos, dónde mis amigos?

«Los más felices fueron sepultados dentro del asilo de sus mansiones domésticas, y los más desgraciados han cubierto los campos de Venezuela con sus huesos, después de haberlos regado con su sangre ¡por el solo delito de haber amado la justicia!

«Los campos regados por el sudor de trescientos años, han sido agostados por una fatal combinación de los meteoros y de los crímenes. Dónde está Caracas? Se preguntará usted.

«Caracas no existe; pero sus cenizas, sus monumentos, la tierra que la alimentó han quedado resplandecientes de libertad y están cubiertos de la gloria del martirio. Este consuelo repara todas las pérdidas. A lo menos, éste es el mío, y yo deseo que sea el de usted.

«Yo he recogido el fruto de todos mis compatriotas, parientes y amigos. Yo los he representado a presencia de los hombres; yo los representaré a presencia de la posteridad!»

Otros pasajes hay en sus cartas que avivan reminiscencias de episodios clásicos. ¿Quién no recuerda el *Edipo en Colono* de Sófocles al leer esa carta dirigida a Olmedo desde el Cuzco?: «He llegado al país clásico del sol, de los Incas, de la fábula y de la historia. Aquí el sol verda-

dero es el oro; los Incas son los virreyes; la fábula es la historia de Garcilaso; la historia, la relación de la destrucción de los indios por Las Casas. Todo me recuerda altas ideas, pensamientos profundos, mi alma está embelesada con la presencia de la primitiva naturaleza... Manco-Capac, el Adán de los indios, salió de su paraíso tificaco y formó una sociedad histórica, sin mezcla de fábula sagrada o profana.»

«El porvenir es mi tormento, es mi suplicio—le dice al venerable Marqués del Toro en 1824—Entienda usted, mi querido Marqués, que mis tristezas vienen de mi filosofía, y que yo soy más filósofo en la prosperidad que en el infortunio...»

A veces sus cartas son irónicas y jocosas. A Santander le escribe de Cúcuta, en 1820: «Herrera se ha acordado mucho de su cara Penélope: yo para darle una idea de la grandeza de su imperio en el corazón de Natalia le dije: usted, como Alejandro, no ha podido tener un solo sucesor: entre muchos se han dividido sus conquistas. Imagine qué satisfacción será ésta para un grande hombre que sabe apreciar la virtud y la gloria. ¿Sabe usted que nos ha gustado mucho el señor Pacificador?» En otra carta dice al mismo Santander: «Me alegro mucho del suceso de Maza: el niño es pesado; por cada herida mata cien hombres, *sin más novedad* Mañana es San Rondón, y cumpla años yo y todos mis compañeros en Vargas, que aunque es tan tierna la niña ya está tratando de paz con los embajadores extranjeros, y sabe tanto de política la niña como Maquiavelo. Estoy esperando por momentos y con mucha ansia el gran parto de nuestra madre la revolución. ¿Si será un ratón?»

Al lado de sus cartas dulces y melancólicas, nos quedan sus proclamas líricas, marciales o conmovedoras, que tienen, a veces, són de alegres albas de clarines o graves clamores de trompetas épicas, y es porque, entre todas las virtudes maravillosas del genio de Bolívar, quizá la elocuencia fue la más excelsa, la más deslumbradora, la más

leal puesto que lo acompañó siempre, en la derrota como en victoria, y, al abandonarlo en su lecho de muerte, glorificó sus labios más que nunca. Palabras hay en Bolívar que son otras tantas batallas de Junín, por lo cual decía nuestro Diego Fallón: «Lo que Bolívar tenía absolutamente irresistible era la elocuencia: la independencia la hizo con la lengua.» Su elocución era a la par fogosa y seductora, imperiosa y discreta, capaz de despertar de su indolencia e ignominia turbas de esclavos y de lanzar contra las masas enemigas y aguerridas legiones de héroes sedientos de libertad. Su palabra tiene timbre de medalla, e instila amor, honor, pasión; su frase es rápida e incisiva, y, en veces, como en el cantor de *Junín*, las más puras imágenes sirven de fondo a los más trágicos cuadros de la guerra. Rara vez poder más imperioso ejerció mortal alguno, y, quizá, nunca por tanto tiempo perduró el hechizo de un hombre en multitudes agitadas por un ardor de desesperación, de muerte o de gloria. Y ello sólo puede explicarse por dos causas: su estilo que, a ratos, toca en lo grande y lo sublime, y su encanto personal. Con efecto, si hemos de atenernos a la opinión de Dionisio Longino, el más perfecto de los retóricos antiguos, que fue sublime al tratar de lo sublime, y elocuente al hablar de la elocuencia, y que consideraba como sublime lo que arrebató, trastorna, maravilla y pasma, y cuando se oye eleva el alma llenándola de alegría, en una palabra, aquello que agrada siempre a todos y en todas partes, el estilo de Bolívar es poético y sublime en más de una ocasión en que da a sus palabras un noble vigor y una fuerza invencible que suspende y deleita a los que le escuchan.

Olmedo y Fernández Madrid, subyugados por su elocuencia, sometían a su juicio sus poemas y tragedias, y el primero le escribe: «Siempre he dicho yo que usted tiene una imaginación singular, y que si se aplicase a hacer versos, excedería a Píndaro y a Ossian.» En verdad, Bolívar en otras épocas, bajo otros cielos, con otros ambientes, habría sido quizá un armonioso bardo taumaturgo de pueblos legendarios. En su tiempo, su palabra obró, no obs-

tante, mayores prodigios: convirtió masas de esclavos, glebas irredentas, en legiones de hombres dignos, en prósperos y libres pueblos, encarnando al pie de la letra, sin saberlo tal vez, el divino oráculo del divino Epicuro: *El sabio no compone poemas, los vive.*

Sus palabras corresponden a la sublimidad de las ideas y son magníficas de acentos y colores, copiosas de imágenes, como convenía al hablar a hombres de raza latina, y el timbre mismo de su voz que, al decir de los contemporáneos, resonaba agudo, animado, vehemente, no contribuía poco para lograr el efecto apetecido. Unas veces, llevado en triunfo por la ola popular, subía al Capitolio y arengaba a los senadores; otras, recorriendo a caballo las filas del ejército, descubierta la cabeza, con la espada desnuda, proclamaba a los soldados: tal fue en *Araure*, en *Boyacá*, en *Junín*.

«Es preciso haberlo visto, nos dice D. José Joaquín Ortiz—ese viejo elocuente, que ha pasado a la inmortalidad envuelto en los pliegues del tricolor colombiano—es preciso haberlo oído para saber lo que valía su palabra. En octubre de 1827 regresó Bolívar a Bogotá. El Congreso colombiano lo esperaba reunido en la iglesia de Santo Domingo. Un pueblo inmenso llenaba el recinto y se extendía por las calles circunvecinas. El Libertador atravesó al largo trote de su caballo la carrera, pasando por debajo de los arcos triunfales al són de la música guerrera y del estallido del cañón, y se desmontó en el atrio del templo. Resonaron las espuelas del héroe en el pavimento; todo el concurso se puso en pie, y él fue rápidamente a colocarse debajo de un dosel a que hacían sombra las banderas de la patria, que parecían inclinarse respetuosas ante el Libertador; éste, después de saludar al Senado y al pueblo, habló. El eco de su voz era alto, estridente, desgarrador, como acostumbrado a arengar al ejército, prolongando el sonido de las *erres* y las *eses* de las palabras. Se hallaba entonces Bolívar en la plenitud de la vida, lleno de fuerza y lozania; su estatura sin ser elevada era gallarda; sus movimientos, rápidos y graciosos; sus cabellos negros y crespos empeza-

ban a argentarse ya, más que por el trascurso del tiempo, por las tormentas de la vida; su faz, antes de una blancura perfecta, ahora tenía el color bronceado que da el sol de los trópicos, y sus ojos, negros, vivos, inquietos, tenían la mirada del águila unida al brillo del relámpago de los cielos.

«Aquel momento fue solemne. Yo, niño entonces, al presenciar tal escena, comprendí el alto prez que alcanzan el heroísmo puro y la sublime virtud, y su recuerdo quedó grabado en mi mente con la profundidad que imprimen los sucesos extraordinarios que no se repiten en la vida.

«Detrás del héroe reverberaba el resplandor de la gloria; las banderas, acribilladas a balazos, que había llevado a la pelea, le formaban un dosel; los que lo contemplaban creían oír resonar los nombres de las grandes batallas: *Carabobo, Bomboná, Ayacucho*, en las que rindieron las armas los soldados afamados de Zaragoza y de Bailén. Ese hombre extraordinario que estaba allí de pie había corrido de victoria en victoria *desde las orillas del Orinoco hasta las cimas argentadas del Potosí*, y la espada que le pendía al lado era la misma con que había roto las cadenas de cinco millones de esclavos y fundado cinco naciones; ese hombre era a modo de los caballeros de las antiguas leyendas, vaciado en el molde de César y Napoleón por el ingenio y el valor, y más grande por la virtud que los Godofredos, los Bayardos y los Turenas de otras edades. El sentimiento que despertaba era extremo: el amor de los suyos corría parejas con el odio que le profesaban sus enemigos; aquel rayaba en el frenesí, éste iba hasta intentar el asesinato; su nombre era escudo para los buenos, infundía terror en los malos y se invocaba como talismán sagrado en los peligros de la Patria.»

Bolívar obró verdaderos milagros merced a su seducción personal, al fuego de sus ojos, al timbre de su palabra embriagadora.

En 1814, el año terrible y aciago de la revolución, en

que hasta la autoridad de Bolívar fue desconocida por sus tententes, en que la patria parecía sepultada entre sus ruinas, un aventurero italiano, José Bianchi, al servicio de la República, hurtándose a la observación, se alza en los momentos más angustiosos con las armas que los patriotas, como última reliquia y postrera esperanza, embarcaron a bordo de sus naves, y con veinticuatro cajas llenas de plata labrada y alhajas que Bolívar había tomado de las iglesias de Caracas para las expensas de la expedición y que constituían todo el tesoro de guerra. Esto pasaba en agosto de aquel año y en aguas de Cumaná, después de la batalla de Aragua, donde el feroz Morales asesinó tres mil quinientos patriotas. Presume Bolívar la traición del marino y su fuga, se embarca tras él, lo alcanza, lo increpa, inútilmente, pues el filibustero alega que tanto las naves, como las armas y el tesoro se los lleva en pago de lo que le adeudan por servicios prestados, y no cede punto de sus pretensiones. Bolívar, en tal coyuntura, no disponía de más fuerza, para someter a Bianchi y sus buques piratas, que de su palabra y su prestigio, deslustrado por las derrotas de aquellos días. Bolívar echa mano entonces de esta única arma y fuerza que le queda, habla, promete, persuade, seduce, y el bucanero, endulzado y conquistado, termina por humillarse, por dar las velas al viento hacia *Margarita* y devolver naves, armas y tesoro.

En 1816, en Haití, sus compañeros se niegan a reconocerlo como Jefe de la expedición contra Venezuela. Bolívar reúne a esos mozos bizarros y arrestados, les habla, los convence y en el acto queda reconocido y acatado.

En 1820, Morillo, el general español que militó a las órdenes de Wellington, solicita una entrevista con su adversario. Convenida, se elige el pueblo de *Santa Ana*, y allí concurre Morillo con su segundo en el mando, Latorre, y los oficiales de su Estado Mayor. Bolívar se presenta sencillamente vestido, sin escolta y acompañado de unos pocos edecanes. Los dos jefes se abrazan, intiman, elogian mutuamente su valor, su constancia, su hidalguía, y, terminada aquella jornada de regocijos, los oficiales españoles, entre

ellos el Coronel Vicente Bausáa, que lo ha referido, se marchan encantados de aquel hombre, apóstol de la libertad de un mundo, y Morillo le escribe a un amigo íntimo: «Ayer he pasado uno de los días más felices de mi vida.»

En 1822 va a visitarlo a Guayaquil el *Protector del Perú*, D. José de San Martín, que venía cargado de los laureles de Chacabuco y Maipú, y, después de varias conferencias secretas, San Martín se despide diciendo que *Bolívar es el hombre más eminente que ha producido la América del Sur*; luego le escribe desde Lima: «Para mí hubiera sido el colmo de la felicidad terminar la guerra de la independencia bajo las órdenes de un general a quien la América del Sur debe su libertad,» y le envía una escopeta, un par de pistolas y un caballo, con estas palabras: «Admita usted, general, esta memoria del primero de sus admiradores, con estos sentimientos, y con los de desearle sea usted únicamente quien tenga la gloria de terminar la guerra de independencia de la América.» Obra de un año después, retirado a la vida privada en Mendoza, al saber que Bolívar había desembarcado en el Perú, exclama: «Yo creo que todo el poder del Sér Supremo no es suficiente a libertar ese desgraciado país. Sólo Bolívar, apoyado en la fuerza, puede libertarlo.»

En abril de 1823, el Libertador, acampado en Trujillo, en las costas peruanas, se pone en marcha con el ejército colombiano por la vía de Otusco al departamento de Huamachuco, con el fin de unirse al ejército peruano que a la sazón se hallaba en Cajamarca, del otro lado de los Andes. Llegado a Huamachuco, establece en esa ciudad una maestranza para construir clavos y volver a herrar la caballería que había perdido las herraduras al trasmontar la cordillera. El Libertador encarga de dirigir el trabajo a un Sargento Mayor chileno que poco antes se había presentado al cuartel general en solicitud de ocupación. Dos días después recibe Bolívar avisos confidenciales y verídicos de que tal Sargento era un agente secreto, enviado por los enemigos, con oferta de grandes recompensas, para asesinarlo. El Libertador da crédito a los denuncios, y en el acto hace lla-

mar al Mayor, lo recibe cortésmente en su despacho privado, y, ya a solas con él, empieza a pasearse por la sala y a conversarle con tal labia, que el asesino se despide confuso y maravillado de aquel hombre, y antes que volver a pensar en sus siniestros planes, va a servirlo en un puesto de confianza.

En 1825, O'Higgins, el fundador de la democracia chilena, oye en Arequipa, en un banquete, hablar a Bolívar, y loco de entusiasmo se pone en pie y exclama: «Bolívar es el hombre más grande de la América del Sur.»

En 1828, se teme que Bolívar, llamado por sus amigos, se dirija a Ocaña, donde se encuentra reunida y deliberando la gran convención formada por todos los patricios de la República. Santander, el jefe de la mayoría opositora al gobierno que preside el Libertador, declara en plena sesión: «Que no venga... Tal es su influencia y la fuerza secreta de su voluntad que yo mismo, infinitas ocasiones, me he acercado a él lleno de venganza, y al solo verle y oírle me he desarmado y he salido lleno de admiración. Ninguno puede contrariar cara a cara al general Bolívar, y desgraciado del que lo intente! Un instante después habrá confesado su derrota.»

Las proclamas de Bolívar son preciosas también por los panegíricos que hace en ellas de sus compañeros de armas, triunfadores o muertos heroicamente en los combates. Consciente de su superioridad, se confundía familiarmente entre ellos y los prodigaba sin reserva los títulos, la riqueza, los elogios, a veces éstos hasta la exageración y hasta la leyenda. A Sucre, después de Ayacucho, lo eleva al rango de Gran Mariscal, y al propio tiempo le hace decretar por el Congreso peruano una recompensa extraordinaria de doscientos mil pesos, que le fue pagada dándole en propiedad la famosa hacienda de *Huaca*, en el valle de Chancay. Los epítetos más lisonjeros y envidiables estaban siempre prontos en sus labios para consagrar el valor o la abnegación de sus tenientes, y, a diferencia de Napoleón, no sólo tributaba sus homenajes a los muertos, sino más aún a los vivos. Napoleón elogia a Desaix y Kléber

difuntos, y Bolívar llama a Arismendi, en vida, *El Astuto*; a Bermúdez, *El Impetuoso*; a Mariño, *El Gallardo*; a Monagas, *El Valiente*; a Montilla, *El Bizarro*; a Páez, *El Bravo*; a Salóm, *El Constante*; a Santander, *El Culto*; a Soublette, *El Discreto*; a Valdés, *El Osado*; a Brión, *El Magnánimo*.

Bonaparte, por excepción, llama a Ney *el valiente entre los valientes*, y a Masena, *el hijo mimado de la victoria*, y Bolívar llama a Cedeño en Carabobo, *el bravo entre los bravos de Colombia*, a Urdaneta, *el más constante y sereno oficial del ejército*, y a Rivas, *el general sobre quien la adversidad nada puede*. Napoleón llora sobre los cadáveres de sus antiguos y leales amigos de juventud, Lannes y Duroc, y Bolívar no sólo glorifica la muerte de Ricaurte sino que consagra su nombre a la leyenda de los tiempos. Napoleón manda encerrar en una urna de plata el corazón de La Tour d'Auvergne, *el primer granadero francés*, y Bolívar declara por un decreto día nefasto el de la muerte de Girardot, lleva personalmente en triunfo hasta Caracas, en una procesión homérica, el corazón del «joven héroe que hizo aciaga con su pérdida la batalla del Bárbula, en cuya cumbre desplegó el pabellón tricolor.» Y teniendo en poco para la gloria de aquel joven tan estupendos funerales, llega a Valencia y escribe la biografía de Girardot, como años más tarde, al saber el triunfo de Ayacucho, delirante de entusiasmo, escribirá la biografía de Sucre, lo colmará de honores y lo elevará a la primera magistratura de Bolivia.

Y cuánto descuella Bolívar sobre Napoleón en las dos ocasiones en que el héroe americano violó las fronteras extranjerías llevando en alto el estandarte de la Libertad! Cuando en 1813 invade a Venezuela con un puñado de granadinos, sólo les ofrece desnudez, hambre, sed, combates diarios, el dolor, la muerte, y cuando orienta su caballo hacia el país del Sol, hacia la suntuosa y dorada tierra de los Incas, no concibe halago más precioso que el de ofrecer a su ejército la imagen de la Esclavitud desencadenada y la de la Libertad triunfante:

«Soldados! Vais a completar la obra más grande que el cielo ha podido encargár a los hombres: la de salvar un mundo entero de la esclavitud!

Los enemigos que vais a destruir se jactan de catorce años de triunfos; ellos, pues, serán dignos de medir sus armas con las vuestras, que han brillado en mil combates!

Soldados! El Perú y la América toda aguardan de vosotros la Paz, hija de la dulce Victoria, y aún la Europa liberal os contempla con encanto, porque la libertad del Nuevo Mundo es la esperanza del Universo. La burlaréis? No! Vosotros sois invencibles!»

Napoleón, al invadir a Italia en 1796, no habló, como Bolívar, a la mente ni al corazón de sus soldados, sino a sus instintos: «Bravos soldados de la Libertad! les dijo. Detrás de esas montañas está la Lombardía, país poblado de aristócratas y lleno de riquezas inmensas. Vosotros estáis desnudos, marchemos, pues, y tendréis pan, oro y trajes en abundancia.»

Tales son los hechos que explican aquella simpatía que infundía el Libertador en todos los que lo rodeaban, esa sumisión ciega con que se le obedecía y se le seguía hasta los confines de América, con el miraje del triunfo y la confianza en la gloria. Tal era la seducción, el sortilegio de aquella *cabeza de los milagros y lengua de las maravillas*, como lo llamó Cecilio Acosta.

Sólo a su genio es comparable su tristeza que desde su adolescencia se manifiesta por una profunda inquietud, por un incomparable escepticismo, por un cansancio y desamor de todo, como si la Melancolía lo hubiera besado al nacer, como si el Numen de la Poesía, antes que el de la Libertad, hubiera presidido a su cuna, como si la Elegía hubiera impregnado su lengua de lamentos que recuerdan, por su desolación, los trenos de los antiguos profetas. Difícilmente se hallaría en los anales de los pueblos tan flagrante contraste como el que nos ofrece su voluntad irrefragable, su pasmosa actividad, su febril constancia, al lado de su pesimismo conmovedor, patético, de su hastío mortal que nos hacen pensar que quizá jamás supo Bolívar de aquel divino ideal de los helenos que

invitaba a *engendrar con alegría*. A medida que alcanzaba la cumbre, parece que se entretuviera, cruelmente, en contemplar más los erizados escollos que dejaba a sus pies y los que presentía su loca imaginación, que el diáfano azul del cielo donde irradiaban sus ojos de águila.

Toda su vida es un asombroso poema de tristeza, y su muerte fue la muerte lenta, amarga, sublime de todos los redentores. Cuando apenas despertaba al mundo que había de resonar con sus triunfos, se encontró huérfano de padre y madre; cuando por primera vez amor fecundo ceñía sus sienes de castos azahares, se vio en triste viudez; cuando como oficial imberbe desenvainó la espada, coronó sus esfuerzos el desastre. Cuatro veces proscrito de su patria, probó cuán acerbo es el pan de los extraños, y más de una vez el espectro del suicidio se ofreció a sus ojos como única salvación de su vida y de su honor. Traicionado por sus compañeros de infortunio, a punto estuvo de sentir sobre su cabeza los mismos sables fundidos para extirpar al español. Cercado de enemigos y enfermo en playas extranjeras y remotas, pasa las noches solitarias escuchando los aullidos de los lobos marinos; después, vencedor de los hombres y semejante a los dioses, pero abrumado de dolores, regresa a su patria y en una nefanda media noche de septiembre ve brillar en su propia alcoba los puñales parricidas que, si bien no lo hirieron en su cuerpo, lo asesinaron en el alma. A aquel crimen sigue un crimen mayor, *la más execrable iniquidad contra el Libertador de Colombia*, según sus propias palabras: su patria natal le niega, le declara fuera de la Ley y le proscribire una vez más, y un feroz enemigo le notifica la sentencia, ya en camino del destierro. Por último, en Cartagena, en espera de un barco que lo conduzca a playas lejanas, recibe el postrer golpe con la nueva del horrendo asesinato del *Abel colombiano*, el más amado, el más digno, el más leal y sumiso de sus amigos. Sólo le restaba la tumba, y fue a buscarla bajo ajeno techo, a la orilla del mar, cuyos clamores y soledad infinita siempre fueron compañeros de todos los grandes tristes.

Aquellos crepusculares días de San Pedro Alejandrino fueron los más turbios, los más desolados, los más tristes, tan tristes que aún hoy los rústicos que a altas horas de las noches de luna, cuando hasta el mar reposa, pasan por el camino que conduce de Mamatoco a Santamarta, creen divisar una sombra augusta que se pasea melancólica, bajo los centenarios tamarindos.

De ahí que todo en él destile amargura. Sus discursos, sus mensajes lloran más desgracias que cantan victorias. Sus cartas sollozan, gimen y parecen humedecidas de llanto. Triste en la infancia, triste en la adolescencia, triste en la prematura vejez; triste en *La Puerta*, *Casacoima*, el *Rincón de los Toros*; triste en la victoria y el esplendor, triste en Roma, en París, en Lima, triste cubierto de laureles en la cumbre del Chimborazo, o sobre el argentino dombo del Potosí, triste aún en *La Magdalena*, con las sienes ceñidas de mirtos y de rosas, triste hasta la muerte!

Desemejante en esto de Napoleón cuya ligereza de carácter le hizo soportable el enorme peso de sus desdichas y de sus faltas. El alma de Bolívar cada día envejecía más. El alma de Napoleón, siempre nueva, renacía todas las mañanas. Bolívar, salvo de los días de *La Magdalena*, jamás supo saborear la gloria que le rodeaba. Napoleón disfrutaba alegremente de todo. El primer día que vio alzarse el sol sobre su roca fúnebre de Santa Elena, saltó de su cama silbando una canción popular. Bolívar, cinco años antes de su muerte, parece en su actitud, en sus palabras, en sus escritos, un redentor cargado con todos los pecados del mundo.

«Yo no soy un hombre como todos los demás, escribe a su dulce Teresa en 1804, a los veintiún años apenas de edad, y París no es lugar que pueda poner término a la vaga incertidumbre de que estoy atormentado... Sólo hace tres semanas he llegado aquí, y ya estoy aburrido... Apenas tengo un ligero capricho, lo satisfago al instante, y lo que yo creo un deseo, cuando lo poseo, sólo es un objeto de disgusto.»

Y así siempre, en el curso de su vida: en su fabulosa

campaña granadina, en el año terrible, en el Orinoco, en los Andes, después de *Boyacá* y *Junín*, en Bogotá, en Caracas. Es un varón de dolores que ha lanzado sus quejas en todos los valles y montes de América, y cuyos ecos aún gimen hoy en el bronce de sus estatuas que una mano maestra, escrutadora de su espíritu, modeló para la eternidad, y un bardo excelso cantó con plecto de oro.

«Me hallo cansado, le dice a Sucre, en 1824, estoy viejo y ya no tengo que esperar nada de la suerte. Ojalá yo fuera joven como usted, al menos tendría deseos, tendría esperanzas que me lisonjasen.» Y al general Santander, desde Pativilca, donde se hallaba convaleciente, le escribe esta carta bellísima, de entonación apocalíptica, digna de tan noble varón. Todo el magno genio de Bolívar, generalizador y resplandeciente, vibra en estos renglones de una tristeza excelsa, sin límites; de una pesadumbre heroica que sólo tres o cuatro veces habrá hecho su epifanía entre los hombres. Recorto este brillante retazo:

«El interés del drama político del mundo, y en particular de la América, va creciendo a proporción que se aproxima el desenlace. . .

«Hasta ahora he combatido por la libertad: en adelante quiero combatir por mi gloria, aunque sea a costa de todo el mundo. Mi gloria consiste ahora en no mandar más y en no saber de nada más que de mí mismo. . . Mis años, mis males, y el desengaño de todas las ilusiones juveniles, no me permiten concebir ni ejecutar otras resoluciones. . .

«La edad de la ambición es la que yo tengo. Rousseau dice que a los cuarenta años la ambición seduce a los hombres; la mía, al contrario, ha terminado ya. Usted que es joven, Sucre que es joven, deben seguir aún por diez años más la carrera que yo dejo. ¡Dichosos ustedes que están en la edad de la esperanza! Mientras que yo nada espero y todo lo temo. . .

«Echando la vista por otra parte, observe usted esos trastornos de las cosas humanas; en todos los tiempos las obras de los hombres han sido frágiles, mas en el día son

como los embriones nonatos que perecen antes de desenvolver sus facultades; por doquiera me asustan los espantosos ruidos de las caídas; mi época es de catástrofes; todo nace y muere a mi vista, como si fuese relámpago; todo no hace más que pasar, y ¡necio de mí si me lisonjease de quedar de pie firme en medio de tales convulsiones, en medio de tantas ruinas, en medio del trastorno moral del Universo! No! amigo mío, no puede ser: ya que la muerte no me quiere tomar bajo sus alas protectoras, yo debo apresurarme a ir a esconder mi cabeza entre las tinieblas del olvido y del silencio, antes que del granizo de rayos que el cielo está vibrando sobre la tierra, me toque a mí uno de tantos y me convierta en polvo, en ceniza, en nada. Sería demencia de mi parte mirar la tempestad y no guarecerme de ella. Bonaparte, Castelrealgh, Nápoles, Piamonte, Portugal, España, Morillo, Ballesteros, Itúrbide, San Martín, O'Higgins, Riva-Agüero y la Francia, en fin, todo cae derribado o por la infamia o por el infortunio, ¿y yo de pie? No puede ser: debo caer.»

Lo veís? El mismo lamento de la juventud lo exhala en la prematura vejez. Cree que pueden quitarle su solo patrimonio y el único fruto de su abnegación, y se muestra avaro de su nombre, avaro de su gloria. Siente despertarse la sonrisa en sus labios alguna vez y entonces el cruel presentimiento le amarga la copa que iba a apurar. «Como estoy contento, dice, espero que me traiga el correo algún sinsabor, para que no falto jamás la alternativa de que se compone la vida.» Leyendo estas cartas escritas a sus más íntimos amigos, llenas de suspiros, de quejas, de desesperanza, cree uno saborear alguno de esos diarios íntimos, de aquellos poemas lunares en que dejaron las huellas sangrientas de su corazón los más atormentados poetas del romanticismo: René, Byron, Senancourt, de Guérin.

Séneca decía que no hay grande espíritu sin un matiz de locura, a lo cual podría agregarse, y otro matiz de tristeza. ¿Qué hay, si no, más triste que Alejandro, cuya muerte prematura presta algo divino a su memoria? qué gesto más triste que el de César al caer envuelto en su

capa sobre las losas frías, delante de la estatua de Pompeyo su enemigo? a quién estranguló más la amargura que al gran corso durante aquellas horribles horas de Fontenebleau en que su madre, su esposa, sus hermanos, sus mariscales, todos, lo dejaron solo, tan solo que apuró el tósigo maldito de los desesperados? La tristeza es atributo de los dioses; su presencia parece la sombra de un sobrenatural reflejo.

Bolívar era triste como Juan Jacobo, su predilecto, ese filósofo enfermo de sensualidad y de pena. En su correspondencia se observan a menudo reminiscencias del ginebrino. El le infundió sus doctrinas, y, a la par, le impregnó su melancolía. La irreligión, el cinismo, la concupiscencia, la ironía de Bolívar, proceden de Rousseau, y de Rousseau procede su tristeza. La vida no le contenta ni en la cima de la prosperidad; con deleite pone los ojos en la muerte, y, como la joven Laura del *Jacobo Ortis* de Fóscolo, ceñía de rosas entrelazadas una calavera, del mismo modo Bolívar coronaba la muerte de dulces imágenes. «Adios, mi querido Peñalver, le escribe a uno de sus mejores amigos, consuéllese usted con que por triste que sea nuestra muerte, siempre será más alegre que nuestra vida.»

No obstante su tristeza, su actividad, a consecuencia de la superabundancia de fuerza y de vida, era prodigiosa; sufría accesos nerviosos tan extraordinarios que dejaban pasmados, en muchas ocasiones, a sus amigos y compañeros. Recorre medio continente en todas direcciones durante veinte años, sin ferrocarriles, ni coches y casi sin caminos ni vados, y su última gran jornada de tres meses, a lomo de mula, la empieza en Lima y la concluye en Caracas. Ninguna de las habilidades corporales le es desconocida. Páez, el indómito llanero, el centauro de Apure, al verlo, por la primera vez, lo distingue en el acto, entre un grupo de oficiales, por su actitud de perfecto jinete. Peru de Lacroix nos cuenta que una tarde, después de un largo paseo que habían hecho a pie por los alrededores de Buca-

ramanga, el Libertador emprendió a correr hacia la ciudad con tal ímpetu que los oficiales que lo acompañaban llegaron detrás de él, bañados en sudor. Por la noche, después del juego, les dijo que estaba cansado, seguramente a consecuencia de la carrera de la tarde, y en seguida les refirió episodios increíbles de su vida de juventud para demostrarles cuán grande había sido siempre su vigor, su fuerza y su agilidad. La vida que vibraba en sus arterias predominaba de tal suerte sobre él que en ocasiones necesitaba imperiosamente saltar sobre un caballo, echarse a correr por los llanos del Apure en persecución de los venados, atravesar a nado las corrientes de ríos caudalosos, gritar, increpar, maldecir, como para aligerarse de algo irresistible, abrumador. Lord Byron, refiere Taine, padecía también de estos arrebatos, de estos furores causados por el exceso de la vida.

Fue una de aquellas almas complejas, radiantes y pródigamente dotadas de todos los atributos de la más alta humanidad; figura única y aislada en la historia del mundo, cuya originalidad es tal que ha resistido a todos los paralelos ensayados sin perder nada de su propia fisonomía, y, antes bien, haciendo resaltar siempre su brusco relieve, aun sobre pares más afortunados que parecen oscurecerlo sólo por haber actuado en medios más grandiosos y magníficos. Empero, la corrección y nitidez de sus rasgos heroicos traen desde luego a la memoria los de aquellos ilustres griegos que libertaron sus patrias de las extrañas tiranías: Milciades, Trasíbulo, Timoleón, Epaminondas, y, por el ímpetu aventurero y la firme consagración a los más nobles ideales, pudiéramos, como Carducci a Garibaldi, compararlo con los legendarios caballeros normandos y los cruzados: los Gúiscardos, los Tancredos y los Godofredos, si en él el sentimiento de la libertad y de la gloria no hubiera sido el único norte de su vida.

Bolívar, como los heroes griegos, amaba la gloria sobre todas las cosas. Por amor de la gloria libertó a

Colombia y el Perú, fundó a Bolivia, holló la cumbre nevada del Chimborazo, que nunca antes pisara planta mortal, saltó, con herradas botas, sobre el hórrido abismo del Tequendama, arrojó su espada a los pies de sus enemigos, y, proscrito y enfermo, prefirió todas las amarguras a abandonar su patria ingrata que, sin embargo, lo había cubierto de gloria. «Yo amo menos los placeres que el fausto, porque me parece que el fausto tiene un falso aire de gloria,» le escribe a la Baronesa de Trobriand Aristeiguieta y a Sucre: «La gloria está en ser grande y en ser útil.» «Señor, dice en 1815 al Presidente del Congreso de Santafé, la guerra civil ha terminado; los ciudadanos reposan tranquilos bajo los auspicios de un gobierno justo y legal, y nuestros enemigos tiemblan!» Más tarde, en 1820, envía este despacho al Gobernador de Cartagena que le proponía tratados con tal de que se sometiera a la obediencia de Fernando VII: «Diga usted a su rey y a su nación que el pueblo de Colombia está resuelto a combatir por siglos y siglos contra los españoles, contra todos los hombres, y aun contra los inmortales, si éstos toman parte en la causa de España.» Y en 1826, de regreso del Perú, dice a los colombianos desde Bogotá: «Cinco años hace que salí de esta capital para marchar a la cabeza del ejército libertador desde las riberas del Cauca hasta las cumbres argentinas del Potosí. Un millón de colombianos, dos repúblicas hermanas han obtenido la independencia a la sombra de nuestras banderas, y el mundo de Colón ha dejado de ser español. Tal ha sido nuestra ausencia!»

Hé aquí el *hombre providencial* formulado por Fray Joseph de Sigüenza en su *Vida de San Jerónimo*, el *hombre representativo* de Emerson, el *héroe* de Carlyle, el *gran genio* de Renán, el *superhombre* de Nietzsche. Así hablaban los heroes antiguos; por eso con el nombre de Bolívar en los labios, en canciones patrióticas, tomaron a París los revolucionarios de 1830; por eso ese mismo nombre resuena en los más armoniosos poemas de Lord Byron y de Casimiro Delavigne, y Carlyle consideró a Homero el único capaz de escribir su historia, y Víctor Hugo lo colocó entre

los hermanos espirituales de Scipión, y pidió se diera su nombre a una calle de París, y Chateaubriand, Ministro de los Borbones, cree una honra el ser vencido por él, y Lafayette se enorgullece de que los Estados Unidos lo escojan de intermediario para entregar al Libertador venerandas reliquias de Washington, y le dice que de todos los hombres vivos, y aun de la historia, Washington lo hubiera preferido, y el antiguo miembro de la *Convención Nacional*, el general Alejandro de Lameth, le escribe: «Sois el primer ciudadano del mundo,» y los gobiernos de Francia e Inglaterra, a la par de sus más ilustres tenientes en Bolivia, Perú, Ecuador, Nueva Granada y Venezuela, le instan a que se corone, y los hijos de los príncipes quieren ser sus edecanes, y César Cantú escribe: «Bolívar con un puñado de valientes propagaba la revolución en América cuando Napoleón con quinientos mil hombres la dejaba perecer en Europa,» y Benjamín Constant: «Si Bolívar muere sin haberse ceñido una corona, será en los siglos venideros una figura singular. En lo pasado no tiene semejante, porque Washington no tuvo nunca en sus manos, en las colonias británicas del norte, el poder que Bolívar ha asumido entre los pueblos de la América;» y San Martín y O'Higgins, los libertadores del Sur, le presentan sus espadas y le ofrecen sus servicios como voluntarios; y Montalvo, D. Juan Montalvo, ese Juvenal americano, azote de dictadores y el último depositario del arca de oro de la lengua de Castilla, transfiere sus hechos a la posteridad y lo ensalza en períodos cervantinos de pujante entonación; y José Martí, el irredentista cubano, le arroja a sus pies todos sus laureles con este arranque magnífico: «De hijo en hijo, mientras la América viva, el eco de su nombre resonará en lo más viril y honrado de nuestras entrañas;» y el argentino Mitre, lo llama «el hombre más poderoso de la América del Sur y el verdadero árbitro de sus destinos;» y después de cien años de apoteosis, sus laureles frescos están sobre sus monumentos, su recuerdo palpitante en todos los grandes corazones, y hoy, más que nunca, los más acendrados y aquilatados espíritus de América: Blan-

co-Fombona, que a honrarlo ha consagrado su vida entera y su bello talento, García Calderón, Sanín Cano, Valencia, Gil Fortoul, Barbagelata, Pereyra, Veríssimo, Urrutia, Arcaya, lo consagran a las futuras generaciones, herederas de los inclitos ideales latinos.

Se ha hablado mucho de su fortuna, mas es la verdad que este raro ejemplar del género humano tenía tantas y tan grandes virtudes sobre tan pocas flaquezas que imposible parece que ejército alguno a sus órdenes no hubiera salido vencedor, y que república antigua o moderna donde hubiese nacido no la hubiera gobernado. Guerrero, estadista, tribuno, vidente, diplomático, legislador, poeta, todo lo más excelso, lo más eximio, lo más deslumbrador, eso fue, y, con tal fecundidad, que sus batallas se cuentan por centenas, sus concepciones políticas todavía divierten la mente de los más doctos, sus profesías se cumplen, sus oraciones y sus cartas y sus delirios viven de las Antologías, y, sobre todas sus obras, su magno ejemplo de energía, cada día más inaccesible, más sorprendente, más espléndido que parece alimentar, como el aceite a la llama, las más vitales fuerzas de las naciones que creó su espada, y que, tras todas las zozobras y desastres, sobreviven, renacen, reflorecen y prometen conquistar el porvenir.

El libertó el Continente, confiesa su mismo detractor Mitre, observando la vasta y profunda influencia que ejerció su acero y su palabra en los destinos de América. Fue el americano por excelencia, y, no obstante, maravillosa flor de su raza, de puro y limpio origen español, vástago de D. Simón de Bolívar, hidalgo, dueño y señor del solar y casa infanzonada de la Rentería en Vizcaya, el último y el mayor de los descendientes vascos en ambos mundos; heredero de aquellos que en el mar cantábrico fundaron la República, cúpule la gloria de ser el genio libertador de la América, después de que sus antepasados habían fundado la colonia y dado, a la causa de la civilización, conquistadores, pobladores, pacificadores, hombres de pro.

Loco lo llamaron sus compañeros en *Casacoima* cuando, vencido e inerte, trazaba maravillosos planes de conquis-

tas y victorias que más tarde vio realizados desde la cumbre del Potosí. *Loco* cuando soñaba con resucitar en Panamá la liga anfictiónica de los helenos, echando las basas, por primera vez en el mundo, del arbitraje internacional; *loco* cuando señala los lineamientos de la actual geografía política de América con el nombre de *uti possidetis jure*, como la constitución común de los nuevos Estados; *loco* cuando, ignorando el Congreso de Viena, decreta la libre navegación del Orinoco; *loco* cuando predice la ordenada democracia chilena, el canal interoceánico, el tráfico en el Pacífico, el despertar del Japón: divina *locura* que elogiaste tú, discreto loco de Rotterdam!

Sus mismas faltas tienen el sello de la austera dignidad y de la brava nobleza. Pablo Jovio habría escrito el poema de su vida con la delectación con que escribió los de *Barbarroja* y Carlo Magno «de la barba florida, autor de un siglo dorado,» y habría colocado su retrato al lado de aquellos magnánimos caballeros del Renacimiento, de florentísima edad y nobilísimo linaje, sin pares en crueldad y ánimo belicoso; cerca de aquellas sombras terribles, magníficas, sombrías, imperiosas, siniestras, con su cortejo de oro, de púrpura, de pasión y de sangre.

Nada hay en Plutarco comparable a la sublime respuesta de *Putivilca*, ni quizá después de Sócrates hombre alguno ha ofrecido el espectáculo de una muerte más conmovedora y patética, ni labios mortales pronunciaron tal vez palabras más excelsas que aquellas con que expresó sus últimos votos este magnánimo hijo de Colombia!

Para él parecen pensados aquellos versos con que Hamlet hizo el elogio de su padre difunto:

*He was a man, take him for all in all,
I shall not look upon his like again.*

«Era un hombre en todo y por todo, como yo no veré otro igual.»

La madre Naturaleza lo envió a este vasto circo de los humanos como a un valiente atleta que no debía respirar más que grandeza y gloria!



JUICIOS DE LA PRENSA

Eseuchado por selecta y numerosa concurrencia de damas y caballeros, dictó anoche el señor Cornelio Hispano su anunciada conferencia sobre *Bolívar*. Como lo esperábamos todos, fue un éxito completo, y de ella puede juzgarse por la introducción que con gusto publicamos en nuestras columnas editoriales.

(*El Nuevo Tiempo*. Agosto 17).

Una página digna de figurar al lado de las que sobre el Libertador escribieron Rodó y Mancini resultó la bellísima conferencia que nos dio el último jueves Cornelio Hispano.

Su profundo sentido histórico, unido a sus bellas dotes de escritor, una vez más se afirmaron, y acaso con más brillo que nunca; y esto es mucho decir de uno de los pocos hombres nuestros, cuya fama de historiador y de literato se ha hecho continental.

(*El Tiempo*. Agosto 21).

Es un trabajo soberbio. Conocedor como pocos en América, y al decir América se sobreentiende el mundo, de la compleja y fascinadora personalidad de Bolívar, Cornelio Hispano preparó una conferencia que hace honor a Colombia.

Lleno de datos, como que es un escudriñador paciente y un hombre sagaz y talentoso, presentó al Libertador por múltiples facetas, estudiando con amor, con entusiasmo, pero al propio tiempo con una independencia de criterio que acaso pareciera audaz si no tuviera la base sólida del documento.

Fue bueno? Fue malo? Hispano se interroga, cuenta muchas acciones de Bolívar que pudieran dar base para contestar afirmativamente, tan pronto en el primer caso, tan pronto en el segundo, y termina por declarar que los genios no pueden medirse con el patrón de la moral ordinaria.

Traza luego un paralelo entre el Padre de la Patria y Napoleón, que en varios y extraordinarios pasajes echa chispas y suspende el ánimo ante la novedad del concepto. Se detiene a lo largo de esa vida complicada y sublime y muestra el acibar de la gloria, el zumo del amor, la enorme palidez de la fortuna.

Por qué? Porque Bolívar fue un triste. Así lo sostiene Hispano y lo demuestra en frases de un lirismo arrullador y conceptuoso. Desde su cuna hasta el ocaso de San Pedro Alejandrino la existencia de Bolívar, llena de grandeza, lleva el sello de la melancolía. «Ser triste es mirar hondo y es mirar hacia adentro,» dijo Edmundo Velásquez. Y así pasa el primer genio del Nuevo Mundo, con los ojos sobre el porvenir y con los ojos sobre su conciencia. Ama la gloria, y la somete como a un corcel nervioso. Monta sobre ella, la sujeta, la espolea y se lanza al Olimpo. No es el primer Pegaso que llega a las constelaciones. Pero aun en la ascensión va triste. Es la tesis de Hispano, que supo desarrollar magistralmente.

Un fragmento, el hermoso elogio de Rodó y de Mancini, es hoy el editorial de *El Nuevo Tiempo*. Anhelamos que salga pronto ese trabajo completo y fervorosamente lo recomendamos desde ahora a todos los colombianos.

(*El Espectador*. Agosto 17).

Notable resultó la conferencia que dictó el exquisito escritor Cornelio Hispano en la sala *Santiago Samper* el jueves último.

Escudriñador paciente, Hispano estudió la personalidad de Bolívar, con criterio sereno e imparcial, por diversos aspectos.

Su palabra, fácil y garbosa, deleitó al auditorio numeroso que le escuchó, y que tributó al orador una salva de aplausos justamente merecidos.

A esos aplausos unimos el nuestro.

(*Gaceta Republicana*. Agosto 18).

El Gráfico, selectísima revista ilustrada, publicó la introducción de la conferencia, exornándola con grabados de Bolívar, Rodó, Mancini e Hispano.

Agosto 25.